

## **Titulo: Subrayado**

El vetusto edificio en el que se ubicaría el balneario había sido mi lugar de trabajo los últimos seis meses. La rehabilitación iba a toda máquina, bien planificada desde un principio, pero con los sobresaltos habituales en las casonas antiguas.

Todas las mañanas recorría los escasos diez minutos que separaban el pueblo del caserón de los Ruitábara, oyendo las noticias de la radio en el coche de empresa. En el pueblo había alquilado una pequeña casa baja a unos conocidos del encargado de obra. Estos habían heredado la propiedad de un familiar lejano que fue médico en la comarca. Los habitantes del pueblo hablaban de Don Manuel “El doctor” con admiración. Incluso en el supermercado la cajera que siempre charlaba de más me había comentado:

-La casa en la que usted vive ahora era de Don Manuel, tenía un sexto sentido para el diagnóstico de las enfermedades. Se parecía al personaje que retratara Noah Gordon en “El Médico”. Yo leo mucho. Cada semana cojo un ejemplar nuevo en el bibliobús que viene de la capital. En este pueblo sin literatura nos moriríamos del aburrimiento. ¿Siguen los tesoros de don Manuel en la casa?

-He visto una amplia librería con multitud de ejemplares antiguos, pero mi trabajo en la obra no me deja un solo momento para dedicarlo a la lectura.- respondí, intentando que se diera cuenta de que mi tiempo era oro.

-Una pena que estés tan ocupada, lo que daría yo por una biblioteca así.- sonrió y me entregó la bolsa de la compra.

En la radio, noticias preocupantes jalonaron la carretera que serpenteaba entre el pinar. Informaban sobre una epidemia que había dejado en aislamiento una ciudad china de once millones de habitantes. Cuando me desvié por el camino de zahorra que conducía al futuro balneario la música había sustituido con su melodía alegre a la lejana y triste enfermedad...

Después del trabajo, al volver a casa, preparé una cena rápida. Al dirigirme hacía el sofá mi vista se detuvo en la librería repleta de los ejemplares. Abrí la puerta de cristal, mi mano se paseó por los lomos de los libros. De repente se paró sobre la palabra “Manuel”. Mis ojos sorprendidos reconocieron el nombre del anterior morador de la casa. La obra que extraje de la librería y comencé a hojear era de Miguel de Unamuno y no se refería a un médico rural, sino a un párroco. Leí el título completo “San Manuel Bueno, Martir”. Comencé a leer el primer capítulo de la obra

que describía un pueblo idílico entre la montaña y el lago. Observé que había subrayadas letras al azar, comencé a unir las sílabas. Luego tomé papel y lápiz, ante mi apareció una frase críptica en aquel entonces, consejo profético más tarde: “Compra papel higiénico”.

Fui al aseo y vi que solo quedaban dos rollos. A la mañana siguiente pasaría por el supermercado para intentar sonsacar a la empleada sobre este extraño mensaje.

Ya en el establecimiento tras cargar dos paquetes de rollos de doble capa me dirigí a la caja. La empleada me preguntó:

-¿Qué tal por la casona? ¿Cómo van las obras?

-Bien, a buen ritmo.- expliqué- Ayer exploré la biblioteca de Don Manuel. Parece que le gustaba subrayar los libros.

- Este antiguo habitante de nuestro municipio no tiene desperdicio. Dicen que en sus amores con la marquesa viuda de Ruitábara se inspira una poesía, famosa aquí, desconocida fuera. Si me das tu teléfono te la envío.

-¡Claro!, envíamela.

-En cuanto a los subrayados, también tienen historia negra. A Agapito, el de la plaza, le encontraron con uno de sus libros en la mano, tieso en su cama. Abierta la novela por una página con una frase subrayada. “Quien a hierro mata, a hierro muere.” Dio mucho que hablar en este aburrido pueblo, por eso nadie toca esos viejos ejemplares. ¡Supercherías! A mí con lo que me gusta leer, los devoraría.

Más tarde: “Bip, bip”

“Llovía junto a la casona.  
La viuda lloraba.  
Junto al fuego su amigo  
recordaba sus dichas de infancia.  
La nieve caía.  
La viuda lloraba.  
Susurrada pasión,  
crepitante de amor,  
en lluvia disuelta.  
La viuda lloraba.  
Promesa y destino.  
Destino mediocre,

Promesas ahogadas.  
La viuda lloraba.  
Su amigo esperaba.  
La lluvia insufrible  
todo lo calaba.  
La viuda lloraba.  
Paciencia con deseo  
y tristes palabras.  
Torpes gotas de tormenta.  
La viuda lloraba.  
La lluvia paró,  
porque siempre para.  
Ella cogió su abanico.  
La viuda callaba.  
Movía brioso abanico.  
Junto a la húmeda tumba.  
Por su amigo acompañada.  
La viuda callaba.  
Su amigo pregunta  
¿Abanicas y callas?  
Alzando la mirada.  
La viuda le habla.  
“El difunto dejó escrito  
que no me casara  
hasta que la tierra  
cercana a su tumba  
del todo seicara.”  
Antes la viuda lloraba.  
Antes la viuda callaba,  
Ahora la viuda abanica.  
La tierra se seca.  
El luto se acaba.”

Pensé: “Mira el doctor, no estaba seca la tumba del marqués cuando ya pretendía a la viuda”. El mismo día en el que leí el poema se decretó el estado de alarma. Me quedé varada en ese pueblo sin poder regresar a Madrid. Le agradecí a Don Manuel tener papel higiénico suficiente cogiendo un nuevo libro de la biblioteca. Esta vez era “Luces de bohemia” donde busqué con avidez el subrayado. Mediado el tercer acto encontré lo que buscaba. Junté las letras formando una frase, decía así: “Adelanta tajos, tendrás dos semanas de parón”. No me lo podía creer, el fantasma de Don Manuel me advertía sobre el cierre de mi obra. No era posible puesto que se podía seguir trabajando con las medidas de seguridad adecuadas. De todas maneras en previsión de posibles desabastecimientos era buena idea adelantar partidas. Empecé a autorizar horas extras entre el personal.

Para cuando el gobierno paralizó las obras, la mía ya iba muy avanzada. Recibí otros mensajes del viejo médico a través de las líneas trazadas bajo las letras de sus libros: “No abandones el pueblo hasta la fase tres”, “Regálale este libretto a la cajera”, “Yo no le hice nada a Agapito”, “El marqués no la amaba”, “La casona guarda un macabro secreto en un muro capuchino”.

El libro que le regalé a la cajera fue “El Burlador de Sevilla” de Tirso de Molina. Quizá tenía el duende juguetón querencia por el teatro. Envuelta en el influjo de los subrayados no me sorprendí cuando el encargado sobresaltado entró en la caseta de obra buscándome:

-¡Qué horror! ¡Qué horror! Son restos humanos. He llamado a la guardia civil.- gritó.

- Tranquilízate. Explícame que sucede.- acerté a decirle.

- Hemos encontrado huesos dentro de un doble muro.

Las pesquisas de la guardia civil aclararon que el cadáver tenía varios siglos. Lo dedujeron en un principio por restos de ropa ajada. Lo confirmaron más tarde con análisis de laboratorio. Afortunadamente, no me pararon la rehabilitación.

Terminada la obra, el último día de la fase tres me dispuse a dejar la casa del médico. No pude resistirme a abrir un último ejemplar de la librería. Era “Moby Dick” de Hernan Melville. Encontré el subrayado, éste me aconsejaba: “Cuídate más de lo obligatorio, porque habrá rebrotes.” Cerré la novela y prometí mentalmente hacer caso a esta última advertencia.

Mi coche avanzó de vuelta a Madrid por los campos secos del verano. La tierra se seca. La pandemia se acaba.